

Puerto de pólvora. El sitio y bombardeo a Veracruz en marzo de 1847

CRISTÓBAL ALFONSO SÁNCHEZ ULLOA*

EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE FEBRERO DE 1847 apareció, en tu costa, entre tus calles y en los médanos que rodeaban tus muros, tu eterno acompañante: el viento del norte. Su soplo fue el preludio de una intensa tormenta que también llegó del septentrión, pero a diferencia de las demás, te inundó de pólvora, escombros, fuego y sangre. Esa tormenta, que te asfixió durante marzo de 1847, soltó una lluvia de proyectiles que provocó destrucción y muerte en tu interior.

¿Quién liberó esa tormenta? ¿Por qué no te protegieron adecuadamente? ¿Cómo se vivieron los momentos previos y los de mayor apremio? ¿Cuáles fueron algunas de las secuelas? Eso es lo que quiero contestar en estas páginas.

PRELUDIO

Una gaviota se extravió por el viento. Llegó hasta tu costa proveniente de la Isla de Lobos, una pequeña extensión de tierra rodeada de arrecifes de coral, a unos 280 kilómetros al nornoroeste. De haber podido hablarte, la gaviota te habría contado que en aquella ínsula se fraguaba la tormenta que te golpearía. La isla, que solía estar poblada solamente por palmeras y el chaparral que cubría la playa, en esos días —finales de febrero de 1847— se encontraba repleta de tiendas de campaña y rodeada por embarcaciones. Eran los soldados del ejército estadounidense, que establecieron ese sitio como lugar de reunión. El ojo de la tormenta era el general

* Dirigir correspondencia al Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, calle 43 s/n, Col. Industrial, C.P. 97150, Mérida, Yucatán, México, tel. (999) 9228446 al 48, ext. 189, e-mail: cristobalsanchezu@gmail.com.

Winfield Scott, a quien su gobierno le encomendó iniciar una nueva campaña que avanzara hacia el centro de México.

El chaparral —matas espinosas— lo retiraron los primeros regimientos, que llegaron desde enero y se encargaron de limpiar el terreno para instalar los campamentos. Los demás hombres arribaron en el transcurso de febrero. Para muchos de ellos, la travesía a Lobos era su primer viaje en el mar y desembarcaban cansados y sin fuerzas, después de pasar días o semanas mareados y hacinados en barcos mercantes. Con el transcurrir de los días se fastidiaban más, por la espera y por el calor. Una lechuza que sobrevolaba la isla en las noches la admiraba convertida en una pequeña Tierra de Fuego, iluminada por una multitud de fogatas, alrededor de las cuales se situaban los soldados, con sus caras enrojecidas por las brasas y por el sol, que las quemaba durante el día.¹

Algunos de los regimientos procedían de Estados Unidos, reclutados específicamente para el ejército de Scott, pero la mayoría provenía del norte de México. Estos soldados habían combatido bajo las órdenes del general Zachary Taylor desde el inicio de la guerra, oficialmente declarada por el presidente James K. Polk en mayo de 1846. Entre ellos había hombres del ejército regular y voluntarios de los estados, contratados para luchar durante un año.² Cuando declaró la guerra, Polk y muchos estadounidenses pensaban que sería corta; por ello, los contratos fueron solamente por 12 meses. Sin embargo, nueve meses después, el final del conflicto no se veía cerca, ya que los mexicanos habían resistido en el norte y no se mostraban dispuestos a negociar un tratado.³ Por ello, se lanzó una nueva campaña, dirigida al centro de México, a la que enviaron a muchos de aquellos cuyo contrato culminaría pronto. La expedición partiría de tu costa y avanzaría con rumbo a la capital, evocando el derrotero de Hernán Cortés, con quien algunos equipararon a Scott.⁴ Conquistarte sería significativo por esta idea romántica, pero sobre todo, por ser el principal puerto y aduana del país, y el punto de contacto con la costa estadou-

¹ MOORE, 1849, p. 4; WINDERS, 1997, pp. 115-116.

² FURBER, 1850, p. 43; PARKER, 1883, p. 81.

³ GUARDINO, 2018, pp. 219-220.

⁴ JENKINS, 1848, pp. 266-267; JOHANNSEN, 1985, pp. 154-157.

nidense, en especial Nueva Orleans, de donde saldrían los hombres, las armas y los víveres que necesitarían para continuar la guerra.

La gaviota de Isla de Lobos te habría contado que Scott y sus hombres llevaban varias semanas apostados ahí. Esperaban contar con la mayoría de las tropas y el material de guerra que el general solicitó. Él, en especial, aguardaba por unos botes de oleaje que encargó a su gobierno para la campaña,⁵ botes que, verás, marcarían el inicio de tu tormenta. Las horas y los días transcurrían entre la playa y los barcos, entre el entrenamiento militar y el ocio, entre el calor y la enfermedad. Las bandas de metales entonaban aires militares, a veces festivos y a veces fúnebres, cuando enterraban a los que sucumbían por las enfermedades o los accidentes.⁶

La gaviota no supo que la espera terminó el 3 de marzo. Ese día, el *Massachusetts*, barco en el que navegaba Scott, izó una bandera roja. Fue la señal para zarpar. Los estadounidenses dejaron con alivio la Isla de Lobos y partieron con rumbo austral, hacia ti.⁷ El color de la bandera del *Massachusetts*, ondeando en la vanguardia de la flota, presagiaba la violencia que sufrirían tus construcciones y pobladores. La sangre teñiría tu suelo. ¿Lo imaginaban tus habitantes? Es difícil saberlo. Hasta esos momentos, la lucha armada no te había alcanzado, aunque sí habías padecido los estragos de la guerra. En los meses anteriores, frente a tu costa, los enemigos impusieron un bloqueo marítimo, que intensificaron poco a poco hasta reducir drásticamente las contribuciones que entraban a la aduana.⁸ Pero ahora, las tropas y la artillería se te aproximaban. Aunque tus habitantes eran conscientes de la amenaza, no todos tenían certeza de lo que sucedería.

¿Alguien lo imaginaba? Sí. Las autoridades políticas y militares del estado y del país conocieron con tiempo los movimientos de los invasores. Las noticias viajaban rápidamente de un país a otro. Los gobernantes y el ejército supieron que habría una nueva campaña y que al frente de ella estaría Scott. La prensa del país advirtió desde enero la posibilidad de que fueras agredida y tomada, junto con la fortaleza de Ulúa.⁹ Y el mismo

⁵ *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 174-175; OSWANDEL, 2010, p. 30.

⁶ SMITH, 1917, p. 106; OSWANDEL, 2010, p. 31.

⁷ *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 174-175; OSWANDEL, 2010, pp. 31-33.

⁸ ROA BÁRCENA, 1991, p. 200; LERDO DE TEJADA, 1940, p. 504.

⁹ *El Monitor Republicano*, 26 de enero de 1847, p. 2.

gobierno confirmó esa posibilidad. Sabían de los movimientos navales entre Nueva Orleans y la Isla de Lobos, por lo que a inicios de febrero, el ministro de Guerra mandó poner en alerta a los comandantes en la costa, ya que en aquella isla se preparaban para “obrar sobre Veracruz”.¹⁰

Lo que desconocían en un inicio era el derrotero y la estrategia que la campaña bélica seguiría. Mas poco a poco llegaron personas y noticias que dieron algunas ideas. Un marinero inglés, contratado por la flota estadounidense estacionada en Antón Lizardo, desertó de sus filas y fue capturado por los mexicanos. Interrogado el 13 de febrero, informó sobre la cantidad de buques que estaban en el fondeadero y los que se preparaban en Estados Unidos. Contó que escuchó decir al comodoro David E. Conner, comandante de la marina, que esperaban la llegada de varios buques mayores que conducirían “15,000 hombres [...] con objeto de desembarcar por la boca del Río por medio de unos chalanes”. Mencionó que a bordo de los barcos había muchas escalas y otros instrumentos necesarios para asaltar el puerto y obligar la capitulación de Ulúa.¹¹

Los habitantes de los pueblos y vigilantes repartidos a lo largo de la costa del Golfo vislumbraron los movimientos de los invasores para esclarecer el panorama. Un poco más lento que las aves, pero más eficaces, los mensajeros llevaban noticias al gobierno de México. Los jefes militares del norte del estado vieron llegar a los norteamericanos. De Tampico, Tuxpan y Papantla, le contaban al gobernador, Juan Soto, las acciones de los estadounidenses y él mandaba los mensajes al ministro de Guerra y Marina, y al vicepresidente Valentín Gómez Farfás, quien se encontraba al frente del gobierno, en la capital del país.¹² El 21 de febrero les pidió cartuchos de fusil para defender Tuxpan y la barra de Tecolutla. El 1 de marzo transmitió las novedades que llegaron de Tampico: que había entre siete y ocho mil soldados extranjeros, quienes diariamente hacían ejercicios

¹⁰ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSDN), exp. 2355, f. 27.

¹¹ AHSDN, exp. 2355, fs. 41-49.

¹² En agosto de 1846, los liberales radicales tomaron el poder tras un golpe en contra de Mariano Paredes. Antonio López de Santa Anna, que estaba en el exilio, fue llamado por los pronunciados para gobernar el país. En los comicios de diciembre de 1846, Santa Anna fue electo presidente y Valentín Gómez Farfás, vicepresidente. Santa Anna se puso al frente del ejército y marchó al norte, dejando a Gómez Farfás como encargado del Ejecutivo desde inicios de 1847.

de artillería y de infantería; y que “enfrente de la Isla de Lobos” había “once buques mercantes cargados de voluntarios y víveres esperando el resto de la expedición”. Todo esto indicaba, pues, “no debe dudarse de la expedición a Vera Cruz”.¹³ Juan Soto también informó lo que escribieron desde el cantón de Papantla el 24 de febrero: en días previos se escuchó una multitud de cañonazos proveniente de los buques anclados en la Isla de Lobos. El motivo, adivinaron los exploradores de la costa, fue la llegada de un gran buque proveniente de Nueva Orleans que transportaba al general Scott, “comandante en jefe de la expedición que en la referida Isla se está reuniendo: siendo ya veintitrés buques los fondeados” ahí.¹⁴

Para inicios de marzo, las evidencias de la gran expedición que se dirigía a tus costas se habían acumulado y el movimiento en la Isla de Lobos hacía ver cada vez más cercana la invasión. También desde la otra orilla del Golfo llegaron noticias. Un marinero español, contratado por los estadounidenses, escapó de un buque de guerra en la Isla del Carmen y llegó hasta San Juan Bautista —hoy Villahermosa—. Ahí explicó que los buques estacionados en Carmen y Frontera estaban “listos para salir para Veracruz”, a fin de “hallarse en el ataque que toda la escuadra había de verificar sobre la fortaleza de Ulúa”.¹⁵

Así, no era necesario que las aves de la costa hablaran para saber lo que acontecía a tu alrededor y lo que se preparaba para amagarte. Lo sabía el general Juan Bautista Morales, comandante del estado de Veracruz, a quien se le encomendó tu defensa; lo sabía el gobernador Juan Soto, quien te visitó en los primeros días de marzo, y lo sabía el gobierno del país, a quien los dos generales pidieron ayuda repetidas veces. Desde finales de enero, ambos insistieron en la insuficiencia de elementos humanos y materiales necesarios para defenderte. Bautista Morales y su segundo al mando, José Juan Landero, acusaron las dificultades que diario enfrentaban para proporcionar “el indispensable alimento del soldado” e hicieron reiterados pedidos de apoyo de fuerza y numerario.¹⁶ Soto informó de la marcha hacia la costa de los batallones de Guardia Nacional de Orizaba,

¹³ AHSDN, exp. 2263, fs. 12-15.

¹⁴ AHSDN, exp. 2263, fs. 20-21.

¹⁵ AHSDN, exp. 1915, fs. 1-5.

¹⁶ AHSDN, exp. 2355, fs. 1, 15, 52.

Huatusco y Cosamaloapan, pero estaba en “el mayor conflicto” por la miserable situación de las rentas del estado, lo cual le imposibilitaba asignar los recursos. Solicitó ayuda al Gobierno Supremo y advirtió del “peligro de que se pierda la Plaza de Veracruz, si no se atiende a las tropas que la guarnecen”.¹⁷

Escuetas y poco alentadoras respuestas recibieron todos. A Morales y Landero les informaron que el gobierno se “esforzaba” en proporcionar los recursos.¹⁸ A Soto le animaron a seguir enviando noticias; pero en cuanto a la ayuda, no se podía. Más de una vez el gobierno se declaró imposibilitado. El 6 de marzo, el Supremo Gobierno le dijo a Soto que “por ahora, solo le anima[ba] la seguridad en que esta[ba] de que la eroica [sic] Veracruz llenara sus deberes”.¹⁹ ¿Cuáles eran los motivos para esta negativa? Uno de ellos, la campaña en el norte. El otro, como el gobierno mismo afirmó, las “deplorables circunstancias” en que se encontraba la capital desde finales de febrero.²⁰

En cuanto a los hombres que podían ayudarte, un zopilote te habría dado razón de muchos de ellos. Proveniente del desierto que se extiende entre San Luis Potosí y Saltillo, habría visto la infausta marcha del grueso del ejército mexicano, comandado por Antonio López de Santa Anna, que regresaba hacia la capital del país tras combatir a las tropas de Taylor en La Angostura, el 22 y 23 de febrero. En la batalla, ningún bando obtuvo una victoria definitiva y ambos retrocedieron, los estadounidenses a Saltillo y los mexicanos hacia San Luis Potosí. El zopilote habría estado atento a ese ejército que enflaquecía, tanto en sus cuerpos, por el hambre, como en su número, por la muerte y la desertión.²¹ Debido a la lejanía y a sus condiciones, no era grande ni pronta la ayuda que podías esperar de esos hombres.

¿Qué más imposibilitaba al gobierno socorrerte? ¿Qué podía ocupar su atención antes que defenderse de una expedición que, con toda su fuerza, se acercaba al puerto más importante del país? Una lucha civil en la capital, la que originó las “deplorables circunstancias”.

¹⁷ AHSDN, exp. 2305, fs. 2, 4-5, 17-18.

¹⁸ AHSDN, exp. 2355, f. 16.

¹⁹ AHSDN, exp. 2263, f. 22.

²⁰ AHSDN, exp. 2263, f. 13.

²¹ PLETCHER, 1975, pp. 488-489; FOWLER, 2018, pp. 401-402; GUARDINO, 2018, pp. 183-185.

En los mismos días en los que el “norte” soplabla en tus calles y en los que el ejército de Santa Anna caminaba por el desierto, el vicepresidente Valentín Gómez Farías ordenó que una serie de batallones compuestos o apoyados por liberales moderados partieran hacia tus costas para auxiliarte. Pero no salieron de ahí. El 27 de febrero, respaldados económicamente por la jerarquía eclesiástica y por pobladores acaudalados de la ciudad, se levantaron en contra del vicepresidente, exigieron destituirlo y derogar la Ley del 11 de enero que permitía al gobierno hipotecar o ceder propiedades de la Iglesia, con el fin de obtener recursos para la guerra. El levantamiento, llamado de los “polkos”, se prolongó por semanas. A la larga, los pronunciados redujeron sus exigencias a la renuncia de Gómez Farías, dejando ver que su prioridad era apartar a los radicales del gobierno y evitar la participación de las clases populares en la política.²² Mientras eso duró, ni los levantados ni las fuerzas del gobierno que los combatieron voltearon a verte.

El cielo se ennegreció.

VIENTO

La mañana del 5 de marzo, la errante gaviota voló desde tu muelle para posarse sobre uno de los muros de la fortaleza que desde siglos atrás te guarecía. El hambre la tenía alerta y el instinto le hizo alzar el vuelo un poco más lejos de tu orilla. Pronto reconoció aquello que la atraía. Eran los barcos cargados de hombres y víveres de la Isla de Lobos, que navegaban ahora como una heterogénea flota. Como si de advertencia o de una amenaza se tratara, ese día la expedición solamente se paseó frente a ti; siguió su camino hacia Sacrificios y después más allá, hasta Antón Lizardo, a 12 millas de distancia.

La gaviota los siguió para ver qué conseguía y encontró otro conjunto de embarcaciones esperando en aquel fondeadero. Volvió a tu muelle tras constatar la reunión de Scott con el comodoro David E. Conner, el ojo de otra tormenta, quien tomó Tampico meses antes y se encargó de bloquear tu puerto e incursionar en otros desde el inicio de las hostilidades

²² PLETCHER, 1975, p. 490; SANTONI, 1996, pp. 184-185; FOWLER, 2018, pp. 403-404; GUARDINO, 2018, pp. 214-218.

entre los dos países. En ese encuentro, se fraguó el plan de ataque que efectuarían en las jornadas siguientes.²³ Los dos ciclones se juntaron para convertirse en uno más potente. Una vez formado, con sus fuertes vientos, el huracán tomó rumbo al noroeste, hacia ti.

El 9 de marzo, el viento marcial llegó a tu costa. La tormenta se estacionó frente a la Isla de Sacrificios y por la tarde empezó a liberar su fuerza. Montados en los 65 botes de oleaje que se construyeron especialmente para la ocasión, 4 000 soldados al mando del general William J. Worth, cargados con armas, banderas y una gran tensión en los hombros, iluminadas sus caras por el sol que se asomaba detrás del Pico de Orizaba, se acercaron a la playa de Collado, al sureste de tu muralla. Sacrificios servía como telón de fondo, junto con los buques de guerra invasores y los de las naciones neutrales (Francia, España, Inglaterra), en los que se refugiaron habitantes extranjeros de la ciudad, que observaban con interés y temor lo que sucedía. Dos vapores y cinco lanchas cañoneras se alinearon en paralelo a la línea costera para cubrir a la primera oleada de invasores. Temían que les dispararan desde tus baluartes, desde el castillo de Ulúa, o desde las dunas que cubrían la playa... pero no fue así. Tus defensores desaprovecharon la oportunidad y los soldados del norte desembarcaron. Jubilosos, izaron la bandera de las barras y las estrellas en la arena, sin saber con certeza por qué no fueron atacados.²⁴

Quizá, el general Juan Morales, encargado de protegerte, decidió concentrar sus fuerzas dentro de tu muralla. Sus 3 000 hombres y la artillería debieron parecerle insuficientes para intentar algo que no fuera defenderse y resistir desde adentro. ¿Tal vez también la visión de tal cantidad de hombres, barcos y artillería enemiga intimidó a los defensores y les impidió actuar con rapidez? Su inmovilidad podría explicarla en gran medida la suposición de que los invasores intentarían un asalto, como el que efectuaron los franceses a finales de 1838. Esperaban causarles numerosas bajas dentro de tus muros y, con suerte, rechazarlos.²⁵

²³ MOSELEY, 1998, pp. 457-460.

²⁴ JENKINS, 1848, p. 251; BALLENTINE, 1853, pp. 145-148; ANDERSON, 1911, p. 73; MOSELEY, 1998, p. 460; EISENHOWER, 2006, p. 326.

²⁵ AHSDN, exp. 2263, fs. 33-36.

La noche del 9 hubo conatos de resistencia en forma de escaramuzas, protagonizadas por cuerpos de caballería mexicana, quienes atacaron a los estadounidenses que se instalaron lejos del núcleo de su ejército.²⁶ Sin embargo, no les causaron mayor daño: todos desembarcaron y se establecieron en el campamento que bautizaron como “Washington”. El 10, todos estaban en la playa.

Algunos de los generales de división consideraban la opción de asaltar, pues eso acortaría la lucha y les permitiría seguir su avance hacia el interior. Les aterraba el clima caluroso y, sobre todo, la fiebre amarilla; ese mal propio de tu geografía que tantas vidas extranjeras cobraba. Pero Scott se decidió por el sitio: rodearte con hombres y artillería, y cortar las líneas de abastecimiento para forzar tu rendición.²⁷ Así, en los siguientes días, los invasores se encargaron de cercarte. Los médanos —o dunas—, el espinoso chaparral y el viento del norte les dificultaron la labor, llenándoles de arena sus armas y trincheras. Desde los baluartes, tus defensores disparaban para impedir el avance, pero las balas de morteros y cañones las escuchaban los enemigos desde que eran disparadas, podían ver su trayectoria y, casi siempre, esquivarlas.²⁸ Aunque lo intentaron, tu geografía y tus habitantes no impidieron que, desde el 13 de marzo, quedaras rodeada por los hombres y la artillería estadounidenses.

Te encerraron; por un flanco, el Golfo de México y los buques de guerra enemigos, y por el otro, las tres divisiones invasoras al mando de David E. Twiggs, Robert Patterson y William J. Worth, al este, sureste y sur, respectivamente. Ocultas detrás de los médanos, colocadas de noche, quedaron sus baterías. Unas, muy próximas al cementerio donde descansaban los restos de tus pasados moradores.²⁹

Dentro de tus murallas estaban tus pobladores y los 3 000 hombres que estaban bajo el mando del general Juan Morales. De todos ellos, dos terceras partes pertenecían a la Guardia Nacional, habitantes de sitios cercanos como Puebla, Orizaba, Alvarado, Coatepec, entre otros, que no formaban parte del ejército permanente. Muchos de ellos y muchos de la

²⁶ ROBERTSON, 1849, p. 221; FIGUEROA, 1999, p. 252.

²⁷ MOSELEY, 1998, p. 460.

²⁸ BALLENTINE, 1853, pp. 153-154; SMITH, 1919, pp. 27-28.

²⁹ SMITH, 1919, p. 28; MOSELEY, 1998, p. 460, ROA BÁRCENA, 1991, p. 212.

tropa eran individuos de las clases pobres del país, reclutados en su mayoría por medio de la leva.³⁰

Desde que supieron que las armas estadounidenses iban hacia ti, tus habitantes y defensores se prepararon como pudieron. Tus muros y tu gente tenían frescas en la memoria las marcas de otros ataques: cuando los españoles te cañoneaban desde Ulúa en la primera mitad de la década de 1820, y cuando los franceses bombardearon el fuerte y tus calles y te tomaron por asalto, en 1838. Con esa experiencia en mente, te alistaron. Contra un asalto, construyeron barricadas en las calles, hicieron zanjas afuera de la muralla, tapizadas con madera y fierro afilados, colocaron las piedras del pavimento en los techos y cubrieron puertas y ventanas con costales de arena.³¹ Y contra un bombardeo, fortificaron tus baluartes y prepararon tus templos. El de San Agustín sirvió como depósito de pólvora; los demás, como hospitales de sangre y como refugios. Confiaron en la firmeza de estas grandes construcciones para almacenar ahí recursos indispensables o establecer auxilios temporales.³² Tu Ayuntamiento entregó granos, harina y zapatos a los soldados, y varios de sus integrantes tomaron las armas para ayudar en tu defensa.³³ Algunos de tus jóvenes pobladores organizaron una función de teatro para ayudar a establecer un hospital de sangre —o provisional—.³⁴ Los efectos de primeros auxilios no abundaban. En caso de un ataque, los heridos quizá no podrían ser atendidos adecuadamente.

Y es que los llamados de auxilio lanzados al centro no eran correspondidos. El 7 de marzo, el gobernador Juan Soto anunció que ya había llegado la expedición marina que te atacaría. Informó que en Antón Lizardo había “53 buques, y entre ellos un crecido n[úmero]o de transportes q[ue] conducen como diez mil hombres y un numeroso tren de artillería”. El gobierno del estado había agotado sus recursos en dar auxilios a las guarniciones porteñas y en fortificar puntos en el camino a Xalapa. No tenía más y lamentaba que, probablemente, la ocupación sería la pe-

³⁰ ZAMACOIS, 1880, p. 648n; *El soldado mexicano*, 1958, pp. 12-25; SANTONI, 2008, p. 66.

³¹ MOORE, 1849, p. 13; SMITH, 1919, pp. 21-22.

³² ALCARAZ *et al.*, 1991, p. 203; BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572.

³³ BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572; TRENS, 1949, p. 423.

³⁴ *Tributo a la verdad*, 1933, p. 44.

nosa consecuencia de la miseria del estado. La respuesta fue trágica: “ya se [h]an dictado todas las providencias que [h]an sido posibles, y permitido las circunstancias”.³⁵

El general Juan Morales le escribió al gobernador para recordarle la difícil situación en que se encontraba, la cual pudo constatar el mismo Soto en los primeros días de marzo:

En los pocos días q V.E. permanecio en esta plaza, quedaria evidentem.te persuadido del estado triste y miserable de la guarnicion p.r tanto t.po sometida a una rigurosa escases [...].

[...] mis esfuerzos pa. sacarla de aquella condic.n tan humillante no han producido los resultados q eran de esperarse, y [...] todos los recursos q de la Cap. l he recibido no han pasado de simples esperanzas estampadas en contestaciones de rutina [...] nada se ha podido hacer con perfeccion p.r la indicada falta de ausilios.

Las escandalosas [...] ocurrencias de la Capital [...]. Por ellas el Gob.o se ha desentendido en lo absoluto de estas benemeritas tropas q de un mom.to a otro sus pechos serán el blanco de las balas enemigas. La Aduana marítima unica fuente con q contaba p.a remediar mis apuros se ha trasladado fuera de la plaza, y sin recursos de q. disponer p.r haber consumadose los q tenia apenas me pudo dejar treinta y cinco mil p.s [...] ese resto de numerario no alcanzara mas q para quince días, y [...] pasado ese tpo todo faltará y nada podrá conseguir, mucho menos si el enemigo estabrece un citio [...].³⁶

Soto transmitió estas palabras al Supremo Gobierno, “suplicándole con el mayor encarecimiento” que enviara los recursos necesarios a la brevedad, de lo contrario, las plazas se perderían y las consecuencias serían funestas para toda la República.³⁷ No hubo respuesta. Ambos acusaron ya el abandono en el que estabas por parte del gobierno del país. Morales, en una posición más vulnerable, hizo más evidente su enojo y su frustración. Y era consciente de las complicaciones que un sitio arrastraría en esas circunstancias.

Entre “simples esperanzas estampadas en contestaciones de rutina”, el viento arreció.

³⁵ AHSDN, exp. 2263, fs. 23-25.

³⁶ AHSDN, exp. 2263, fs. 26-28.

³⁷ AHSDN, exp. 2263, fs. 26-28.

LLUVIA

Antes de completarse el sitio, los pelícanos volaban de un punto a otro: de tu muelle al campamento; de ahí a Sacrificios; a Ulúa, y de nuevo a tu muelle. Tomaban algo de cada lugar y disfrutaban de que la tensión aún no llegaba a su tono más álgido. Pero poco a poco dejaron de recibir sobras. Las personas se hicieron más recelosas de sus bienes, sobre todo de los alimentos.

El panorama para ti y para tus defensores no era el mejor cuando los invasores se presentaron frente a tus costas. Guardaban, sin embargo, cierta emoción, principalmente en los días en los que aún no estaban totalmente encerrados, cuando la artillería de los baluartes alcanzó a unos cuantos estadounidenses que estaban en las dunas. Incluso, se escuchaba a las bandas militares tocar piezas para mantener el buen ánimo.³⁸ Pero la música y el entusiasmo se acallaron conforme los días pasaron y tus habitantes observaron a los extranjeros completar el sitio e instalar sus baterías, que la ayuda no llegaba y que las malas noticias se agolpaban.

El 13 de marzo, Juan Morales envió un bote a La Antigua con una nota para el gobernador. Le informó que ya no había duda de que el enemigo había elegido el sitio y no el asalto. Los podían ver circunvalando las murallas y llegar hasta Vergara. Seguramente, Morales afirmó, la decisión se basó en las noticias de la escasez de víveres que prevalecía. Era una realidad y era el mal que mayor daño podía hacer en ese momento. Una vez más, pidió urgentes auxilios. Además, sugirió que una sección de la Guardia Nacional se encargara de hostilizar a los invasores por la retaguardia para intentar levantar el sitio o, por lo menos, hacer tiempo en lo que llegaban refuerzos.³⁹

Para tu desgracia y la de tus defensores, Morales nunca recibió la ayuda que solicitó: los hombres destinados a socorrerte se batían en la “rebelión de los polkos”. Radicales y moderados se enfrentaron durante semanas y tú quedaste en segundo plano. Y el 13 de marzo, cuando los invasores completaron el sitio, se corrió la noticia de que el gobernador avisó a Morales

³⁸ SMITH, 1919, pp. 30-31.

³⁹ AHSDN, exp. 2263, fs. 33-36.

que no podría ayudarte “ni con un hombre ni con un peso”.⁴⁰ Como las nubes de una tormenta, los enemigos te rodearon. Y comenzó a llover.

El desánimo se apoderó de varios de tus defensores, que desertaron cuando tuvieron posibilidades y secundaron a quienes lograron salir antes del sitio, sobre todo las familias que tenían posibilidades de trasladarse y un lugar adonde llegar en Alvarado, Tlacotalpan, Córdoba o Xalapa; así como los habitantes extranjeros, que se refugiaron en los barcos de España, Inglaterra y Francia anclados en la Isla de Sacrificios.⁴¹

Rodeada y amagada con artillería permaneciste varios días, del 13 al 22 de marzo de 1847. En esos días, tus sitiadores impidieron el paso de hombres y provisiones hacia tu interior, agravando la carencia ya existente por el bloqueo de meses; negaron el paso a los campesinos y mercaderes de los alrededores que te abastecían y su Cuerpo de Ingenieros bloqueó, desde el 13 de marzo, el acueducto subterráneo que te proveía de agua potable.⁴²

El panorama era desalentador para quienes permanecieron dentro de tus murallas. Fuera de ellas, los invasores se encargaron de mantener el sitio. Combatieron partidas de lanceros que se movían en las cercanías y aguantaron los constantes, pero poco efectivos, ataques de la artillería manejada por tus defensores. Lucharon contra los insectos, el calor y la diarrea que atacó a muchos. Y lidiaron, también, con los problemas al interior de su ejército. Algunos soldados de las filas regulares sufrieron robos, como el inglés George Ballantine, cuya mochila fue agujerada y desvalijada cuando estuvo bajo resguardo de los voluntarios. Los superiores tuvieron problemas para controlar a sus hombres que, insatisfechos con las raciones y por no tener carne fresca, se aventuraron a pueblos cercanos donde saquearon ganado y gallinas, y violentaron a los pobladores.⁴³ Según contó un desertor del ejército invasor, de origen inglés, esas incursiones de los voluntarios para “cazar todo el ganado” que encontraran eran permitidas por los oficiales.⁴⁴ Seguramente, como una manera de calmar las tensiones.

⁴⁰ *Tributo a la verdad*, 1933, p. 35.

⁴¹ ANDERSON, 1911, p. 74; SMITH, 1917, p. 120; *Tributo a la verdad*, 1933, p. 35; SMITH, 1919, p. 31; BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572.

⁴² BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572; SMITH, 2001, pp. 19-20.

⁴³ BALLENTINE, 1853, pp. 160-161; KENDALL, 1999, p. 167, ZEH, 1995, pp. 14-15.

⁴⁴ AHSN, exp. 2281, fs. 18-19.

El ejército que te rodeó era poco disciplinado, poco preparado y tenía grandes diferencias internas. Lo malo era que el que te defendía tenía problemas similares y era muy inferior en número y recursos. Como los invasores pudieron leerlo en comunicaciones interceptadas, para el 20 de marzo tus defensores no tenían carne para comer, sólo pescado, frijol y tortilla; y tenían miedo, aunque no todos lo mostraban.⁴⁵

Ese mismo día, Morales le escribió una nota al coronel Mariano Senobio, a quien había encargado hostilizar al enemigo “a todas horas, en varias direcciones y particularmente de noche”, y mantenerse en comunicación con la plaza. Desde el 13 de marzo no sabía nada de él y los enemigos estaban tranquilos en sus campamentos, por lo que le recordó el deber en que se hallaba “de cumplir exactamente” sus prevenciones. Le encomendó atacar a los estadounidenses por la retaguardia cuando se decidieran a asaltar la plaza, que podría ser pronto, ya que la ayuda desde el centro estaba próxima a llegar.⁴⁶ A Morales, como podrás ver, el sitio también lo aisló de las noticias. Todas sus suposiciones eran erróneas: el asalto, la llegada de auxilios mayores y la ayuda de Senobio. Esto último lo comprueba un mensaje que el gobernador Soto envió un día antes, el 19 de marzo.

El gobernador escribió al ministro de Guerra para contarle que una sección de 1 000 hombres de la Guardia Nacional del estado, comandada por el coronel Senobio, estaba en movimiento para molestar al enemigo; sin embargo, se sinceró: “ni por su número ni por el estado de instrucción y disciplina de la tropa” podría intentarse “atacar los campos del enemigo, romper su línea, ni ninguna otra operación seria”. Era urgente la llegada de “tropas de línea a las órdenes de generales de capacidad y decisión para que pueda obligarse al enemigo a levantar el sitio”.⁴⁷ No obstante, algunos de los que propuso, como Valentín Canalizo, seguían en la capital, combatiendo a los “polkos”.

Mientras el nuevo pedido de ayuda iba en camino, Santa Anna llegó a la Villa de Guadalupe-Hidalgo. Ahí, el 22 de marzo conferenció con radi-

⁴⁵ SMITH, 1919, p. 32.

⁴⁶ AHSDN, exp. 2263, fs. 2-4.

⁴⁷ AHSDN, exp. 2263, fs. 33-36.

cales y moderados, y puso fin al conflicto, decantándose por los moderados, quienes ofrecieron el apoyo económico de la Iglesia para el esfuerzo bélico. Destituyó a Gómez Farías, aboliendo la vicepresidencia, y volvió a la capital para preparar su marcha hacia el oriente.⁴⁸

Esa misma mañana, los hombres de tu guarnición y tus pobladores experimentaban una gran tensión. Contaban con temor, poco alimento e insuficientes auxilios médicos. En esas primeras horas del día, Scott le envió una propuesta —o ultimátum— a Morales: entregarte sin oponer resistencia. El general mexicano, quizá pensando aún que Scott emprendería el asalto, replicó que contaba con los elementos para defenderte y que su deber era hacerlo hasta las últimas consecuencias, por lo que podía atacarte cuando y como mejor le pareciera.⁴⁹ Así lo hizo.

TORMENTA

Te sobrevolaban zopilotes. Siempre lo hacían: surcaban tu cielo y se posaban en tus torres como parte del paisaje cotidiano. Pero esa mañana del lunes 22 de marzo de 1847 estaban más ansiosos. Parecía que el olor a pólvora les anunciaba el de la muerte. Desde las alturas, las aves tenían una perspectiva envidiable. Veían los buques de guerra en el mar, los 12 000 soldados del ejército que te rodeaba y su artillería. Y te veían a ti, sitiada y casi indefensa, excepto por la fortaleza que te vigilaba desde hacía decenas de años y albergaba a un millar de soldados, por la muralla que te rodeaba y por los cerca de 3 000 hombres que, desde tus entrañas, esperaban hacer algo para protegerte. Hombres mal vestidos, mal armados y con hambre.

En el mediodía y las horas que siguieron reinó el silencio. Las aves carroñeras rondaban en lo alto, el viento comenzaba a soplar y anunciaba un nuevo norte. En el mar se balanceaban los barcos de una escuadra lista para atacarte. Entre ellos y tus playas, decenas de caballos muertos, víctimas de un reciente naufragio, flotaban entre las olas y hacían más lúgubre la escena.⁵⁰

⁴⁸ FOWLER, 2018, p. 405; GUARDINO, 2018, p. 218.

⁴⁹ *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 189-191; FURBER, 1850, p. 517; SMITH, 1919, p. 29; *Tributo a la verdad*, 1933, p. 47; ROA BÁRCENA, 1991, pp. 227-228.

⁵⁰ FURBER, 1850, p. 512.

El silencio se rompió a las cuatro de la tarde, cuando un racimo de balas de cañón inauguró el bombardeo a tus estructuras. La Plaza de Armas y el edificio del correo fueron los primeros en conocer la fuerza de la artillería enemiga. Comenzó entonces el intercambio de fuego, una nube de humo invadió calles, plazas y edificios, la piedra múcara de tus muros comenzó a desintegrarse y una parte de ti quedó reducida a escombros. Y así siguió por varios días con sus noches. El fuego que te lastimaba provenía de las baterías colocadas en la costa y de la flotilla de vapores y lanchas cañoneras situadas entre Sacrificios y tu muralla.⁵¹

Las dos primeras jornadas fueron bastante destructivas. Tus condiciones te hacían vulnerable: un punto fijo al cual atacar, lleno de construcciones y población civil. Las balas demolieron muchas casas. Las panaderías, que se distinguían por sus chimeneas, y los templos también fueron blanco del ataque. Tus pobladores huían de un sitio a otro, buscando protección en distintos espacios que, dependiendo de la suerte, eran o no alcanzados por la artillería.⁵²

Tus invasores, dispersos a lo largo del cerco que formaron, tenían mayor libertad de movimiento y podían trasladar sus cañones a distintas posiciones. Aunque tus defensores tenían artillería, municiones, tus baluartes y tu castillo, no causaban mayor daño a los atacantes. Las balas difícilmente alcanzaban sus trincheras y barricadas, y bajo el cielo nocturno les era fácil evadir los proyectiles que iban hacia ellos.⁵³ Por si fuera poco, más de una bala de cañón de tus defensores cayó cerca del cementerio, donde el enemigo colocó una batería. Aquellos que se acercaron después, se horrorizaron al ver los sepulcros extraídos de la tierra con los restos de quienes antes descansaban en paz, ultrajados por la guerra y diseminados sobre el terreno. Otros no se aterraron tanto y aprovecharon para despojar a los cadáveres de objetos valiosos con que habían sido enterrados.⁵⁴ Debió ser cruel para tus defensores tener que disparar hacia tu camposanto y comprobar después el efecto de su artillería en el sitio.

⁵¹ JENKINS, 1848, p. 258; FURBER, 1850, pp. 519-522; SMITH, 1919, p. 29; ALCARAZ *et al.*, 1991, p. 205.

⁵² ROA BÁRCENA, 1991, p. 233.

⁵³ *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 190; ROA BÁRCENA, 1991, p. 236; MOSELEY, 1998, p. 460.

⁵⁴ MOORE, 1849, p. 14; FURBER, 1850, pp. 548-549; ZEH, 1995, p. 18.

Desde los médanos, los invasores advertían lo que pasaba en tu interior: veían los edificios destruidos y los incendios que crecían por la acción del viento, sentían la tierra temblar por el impacto de las balas de los morteros, escuchaban los gritos que salían del interior y se enteraban, por los desertores y prisioneros capturados, de la ruina que ocasionaban.⁵⁵ No obstante, la destrucción no era la que el general Scott esperaba. Los puntos militares, tus baluartes, resistían, y el bombardeo no forzaba tu rendición. El ejército, entonces, pidió prestada la artillería naval, de mayor alcance y potencia. El 24 de marzo, los marinos instalaron tres cañones en la playa, con balas que pesaban 32 libras (14.5 kg) y dos *Paixhans* franceses, con balas de 68 libras (30.8 kg).⁵⁶ Comenzó entonces la verdadera destrucción.

Ese mismo día en Puente Nacional, a 40 kilómetros al oeste, se encontraba el general Rómulo Díaz de la Vega, quien viajó apresuradamente desde la capital del país para ponerse al frente de la División de Oriente, socorrerte e intentar entablar comunicación con tus defensores. Pero al llegar ahí se encontró sin medios para disponer cualquier operación que no resultara en un desastre. Encontró un “cuadro sombrío”, “una informe aglomeración de hombres, sin ninguna organización capaz de la menor resistencia”, “gente bisoña o allegadiza que no tiene ni instrucción, ni disciplina, ni organización militar en fin”. Los hombres, pertenecientes a la Guardia Nacional del estado —entre quienes estaban los de Mariano Senobio— desertaban por decenas, acusó. Sin tropas de línea, consideró imposible avanzar hacia la costa y emprender cualquier ataque frente a un ejército invasor que imaginaba poderoso y ordenado.⁵⁷ Se quedó, entonces, en Puente Nacional, esperando mayores auxilios, negándotelos a ti.

Díaz de la Vega también le escribió a Juan Morales, pero con un tono muy distinto, lejos de las recurrentes “contestaciones de rutina”:

Acabo de llegar a este punto y dejo en marcha para aquí dos mil hombres de Puebla, y otro refuerzo muy considerable que viene de Mejico: La revolución ya terminó; Santa Anna está en la capital ejerciendo ahora el poder: sostengase V. por

⁵⁵ KENDALL, 1999, p. 172; FURBER, 1850, p. 520; SMITH, 1919, p. 29.

⁵⁶ BAUER, 1956, p. 168; MOSELEY, 1998, p. 460; EISENHOWER, 2006, p. 333.

⁵⁷ AHSDN, exp. 2268, fs. 19-21.

algun tiempo bien corto, mientras reuno todo lo necesario para atacar al enemigo y poner esa plaza en comunicacion con nosotros. No deje V. de contestarme por cualquier conducto que pueda, y darme una completa idea del estado que guarda en la defenza: yo me persuado que lo podra V. prolongar suficientemente; pues por las noticias que tengo, tiene V. bíveres bastantes, mientras yo acudo por retaguardia del enemigo y le hago levantar el sitio; así suplico a V. la firmeza. El enemigo tiene mucha baja, pues se nos pasan muchos, y el clima lo maltrata demasiado. Por esta parte nada intenta, ni sale fuerza de su atrincheramiento pues se le hostiliza con repetición.= A Dios amigo y compañero pronto los abrazará en esa.= Vega.⁵⁸

No sabemos si Morales recibió la nota. Lo que sí sabemos es que Vega mentía. Quería esperarzar al comandante y a los defensores, probablemente porque imaginaba que la situación en tu interior era desesperante. Una rendición no era remota. ¿Sostuviste?

TEMPESTAD

El cañón *Paixhans* lo inventaron en 1823. Fue un francés, por eso tenía ese nombre. Era una herramienta relativamente nueva para la guerra y representaba una tremenda creación: a diferencia de las balas de los morteros, que necesitaban tomar altura y formar una parábola para ser efectivas, disparaba en línea recta, así que sus municiones, de unos 30 kilos, llegaban más rápido y con más fuerza a su objetivo. Y estaba hecho para destruir barcos; sus balas atravesaban la madera y detonaban dentro de la estructura, produciendo un incendio. Pero los barcos no navegaban sin personas, así que los *Paixhans*, como cualquier arma de guerra, servían para destruir vidas. Ese 24 de marzo no había barcos que devastar, pero tus techos también eran de madera y bajo ellos también había seres humanos.

Durante dos días, la tempestad de balas que te azotó llegó a su punto más destructivo. Techos, muros, casas, calles, muralla, defensores y habitantes fueron golpeados y heridos por el bombardeo. Los proyectiles, con los derrumbes e incendios que les sucedieron, cobraron numerosas víctimas. Los cadáveres quedaron amontonados o mezclados entre los

⁵⁸ AHSDN, exp. 2281, f. 1.

escombros. La muerte, igual que la artillería invasora, no distinguió entre militares y civiles, y cientos de personas fueron mutiladas.⁵⁹

Los invasores observaron y escucharon la destrucción, y contemplaron más tarde su efecto. Las balas atravesaban los techos y explotaban en el suelo de las casas o en la calle, matando a familias completas, cuyos cadáveres terminaron apilados entre las ruinas.⁶⁰

La desesperación era grande entre quienes sobrevivían en tu interior. Una multitud de tus pobladores prefirió arriesgarse y salir al norte de la muralla, donde menos se sufría el ataque.⁶¹ Para los que seguían dentro, los auxilios temporales y espirituales no alcanzaban o se les negaban por distintos motivos: el pan faltaba por la destrucción de los hornos y quienes llevaban el rancho a los defensores resultaron heridos. Los sitios habilitados como hospitales de sangre fueron alcanzados por las bombas, volviendo a herir o matando a los heridos. Y para atender a los católicos agonizantes que no querían morir sin ser redimidos espiritualmente, los sacerdotes eran insuficientes por estar guarecidos o con otros moribundos.⁶² Los cónsules de España, Inglaterra y Francia recibieron a personas en sus casas. Cuando no cupieron más, algunos se agolparon en las puertas, esperando que el bombardeo respetara las banderas neutrales.⁶³ Para su fortuna, así fue.

Durante esas jornadas destructivas, el gobernador Juan Soto logró mandar auxilios económicos desde La Antigua. El emisario fue José María Mata, en aquel momento síndico del Ayuntamiento de Xalapa, quien a bordo de un bote ligero pasó por entre los buques estadounidenses hasta tu interior para dejar la ayuda.⁶⁴ Volvió con Soto y con Díaz de la Vega a Puente Nacional la madrugada del 25, trayendo consigo dos cosas: un mensaje de Morales, quien aún esperaba que Senobio Morales atacara por la retaguardia a un enemigo cobarde, que había “cifrado su triunfo en la ruina de la Ciudad dejando a los escombros el trabajo de exterminar a sus

⁵⁹ TRENS, 1949, p. 464.

⁶⁰ FURBER, 1850, pp. 545-546.

⁶¹ MOORE, 1849, pp. 15-16.

⁶² TRENS, 1949, p. 452.

⁶³ FIGUEROA, 1999, p. 250.

⁶⁴ AHSDN, exp. 2263, fs. 38-39.

heroicos defensores para no tener con quien disputar la posesión”, y la descripción de los destrozos. En un nuevo llamado de ayuda, Soto contó lo visto por Mata. El invasor había usado sin descanso “bombas incendiarias que han arruinado ya la parte del sur de los edificios y muy pronto lo serán los del norte a donde ha estado dirigiendo últimamente sus fuegos, sin que la bizarra guarnición que con tanta heroicidad está haciendo una defensa sin igual, pueda evitar la destrucción ocasionada por el modo atroz y vandálico con que el enemigo ha procedido en el ataque”.⁶⁵

Díaz de la Vega también ofreció una descripción a partir de lo relatado por Mata: “Una porción de edificios están ya en ruinas, otros devorados por el incendio ardían entre las llamas que iluminaron la salida del Sr. Mata; este cuadro es espantoso y tal relato me hace estremecer a la idea de la suerte reservada a Veracruz”. Añadió que, aunque la guarnición seguía entusiasmada, los víveres escaseaban. Recordó y reiteró los pedidos de socorro inmediato para “auxiliar a Veracruz en nombre de la Nación, de Veracruz desolada, del honor del Supremo Gobierno y del mío propio”. Si esa ayuda no llegaba, el Supremo Gobierno asumiría “una tremenda responsabilidad, llenando de oprobio y eterno baldón a la Nación con la pérdida de Veracruz”.⁶⁶

El gobierno del país, en esos momentos, al fin se encargaba de organizar el apoyo. Santa Anna dictó medidas, juntó hombres y dinero, y él mismo se alistó para marchar a socorrer a la guarnición. El ministro de Guerra les escribió a Díaz de la Vega y a Soto para avisarles que una brigada saldría hacia la costa a la brevedad y que otras tres estaban en Querétaro, provenientes del norte. Les pidió aguantar.⁶⁷ Pero toda esta respuesta llegó muy tarde.

Intramuros, la angustiada situación hizo aumentar las súplicas de algunos. El 25 de marzo, los cónsules inglés, francés, español y prusiano enviaron una carta a Scott para pedirle que dejara salir a los extranjeros junto con mujeres y niños mexicanos. Él se negó y les recordó la advertencia que hizo a Morales el día 22, antes de iniciar la ofensiva.⁶⁸ Con

⁶⁵ AHSDN, exp. 2263, fs. 41-43.

⁶⁶ AHSDN, exp. 2281, f. 21.

⁶⁷ AHSDN, exps. 2263, f. 37 y 2281, f. 22.

⁶⁸ ALCARAZ *et al.*, 1991, p. 209.

esta negativa, presionó a tus defensores a capitular. Los cónsules también le escribieron a Morales para solicitarle que renunciara a defenderte. A este ruego se sumó el de sus conciudadanos y el de algunos soldados, que ansiaban el final del bombardeo.⁶⁹ Bajo esta presión, el general mexicano convocó a los jefes de sus líneas para conferenciar. La mayoría opinó a favor de capitular. Morales optó por entregar el mando a José Juan Landero, para que fuera él quien negociara tu rendición.⁷⁰

En las primeras horas del 26 de marzo, el viento septentrional comenzó a soplar de nuevo entre tus calles, ahora llenas de escombros. A las 6:00 de la mañana, los cónsules y el alcalde primero del Ayuntamiento acudieron a Scott para pedirle el fin del bombardeo, o por lo menos una tregua para permitir salir a los extranjeros y a la población civil. El general invasor se negó a recibirlos. Desesperadas, varias familias francesas y mexicanas intentaron partir en botes hacia Sacrificios, pero la marina estadounidense las detuvo.⁷¹ El cónsul español, Telésforo González de Escalante, se preparó a dejar la ciudad con sus compatriotas y tus pobladores refugiados en su casa, “pues preferían morir en campo raso a ser sepultados”⁷² entre tus ruinas. Los atacantes, mientras, seguían disparando sus baterías y los jefes preparaban a sus tropas para asaltarte.⁷³ Todo se suspendió cuando una comisión, con una bandera de tregua, salió de tu muralla.

Durante dos jornadas, los comisionados de ambos bandos acordaron las condiciones para rendirte —básicamente, las que Scott dictó—. Tú y San Juan de Ulúa serían entregados a los invasores; los militares dejarían sus armas y jurarían no volver a combatir a los estadounidenses; los enfermos y heridos en tu interior podrían permanecer con los médicos y asistentes necesarios, y se garantizaría el respeto a las propiedades y a la libertad de culto.⁷⁴

En la capital del país, el 27 de marzo se conoció la intensidad de la tormenta que caía sobre ti. El presidente Santa Anna mandó a decir al gover-

⁶⁹ FURBER, 1850, p. 545.

⁷⁰ BAUER, 1956, pp. 168-169.

⁷¹ FIGUEROA, 1999, p. 251; KENDALL, 1999, p. 179.

⁷² FIGUEROA, 1999, p. 254.

⁷³ OSWANDEL, 2010, p. 48; *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 191.

⁷⁴ ALCARAZ *et al.*, 1991, pp. 209-214; ROA BÁRCENA, 1991, pp. 244-247; TRENS, 1949, p. 441.

nador y a quienes estaban en la costa que se desvelaba “continuamente en la adquisición de los fondos necesarios para realizar la empresa que desde la Angostura estaban decididos a realizar los valientes que allá pecho a pecho escarmentaron a esos mismos enemigos”. Que pronto estarían en su retaguardia. Esperaba que los habitantes del estado reforzaran las tropas y que hicieran lo necesario para “conseguir el que en las playas de Veracruz se abata el orgullo de los enemigos de México, y se salve el honor de la Nación y de las armas”.⁷⁵ Le escribió a Juan Morales, ordenándole que resistiera y prometiéndole refuerzos. El 28 envió 12 000 hombres para romper el sitio (lo que esperabas desde inicios de mes).⁷⁶ Muy tarde. Ese mismo día se ratificó el tratado de capitulación.

El 28 de marzo, desde Santa Fe, Juan Soto y Rómulo Díaz de la Vega escribieron al ministro de Guerra para informarle que el 25, a las 4:00 de la tarde, dejaron de escucharse los fuegos sobre la plaza, lo cual les hizo sospechar una rendición. Los rumores se agolparon y finalmente, por unas cartas interceptadas y por informantes, se confirmó lo que temían: la guarnición de Veracruz había capitulado. Sólo se discutía si los defensores dejarían sus armas o no.⁷⁷

“CALMA”

En las primeras horas del lunes 29 de marzo de 1847, una división militar estadounidense formó un cuadro entre la planicie que se extendía entre tu muralla y los médanos. A las 10:00 de la mañana, se escucharon marchas bélicas en tu interior. Un saludo de artillería en el baluarte de Santiago fue la señal para arriar la bandera mexicana en todos los puntos donde flotaba. Poco después, tus defensores salieron por la puerta de la Merced, uniformados, portando sus banderas y acompañados de música marcial. Al frente iban los miembros del ejército y atrás, la Guardia Nacional. Se dirigieron al centro del cuadro, donde ondeaban una bandera estadounidense y otra blanca. A los pies de los invasores, dejaron todas las

⁷⁵ AHSDN, exp. 2263, f. 1.

⁷⁶ AQUINO SÁNCHEZ, 2018, pp. 271-272.

⁷⁷ AHSDN, exp. 2263, f. 9; exp. 2281, f. 4.

armas de fuego, espadas, municiones, instrumentos musicales y recursos de guerra que llevaban consigo.⁷⁸ Luego siguieron su camino hacia Medellín, dejándote atrás después de defenderte casi hasta la muerte.

Los invasores contemplaron los rostros de quienes sitiaron y bombardearon. La mayoría tenía rasgos indígenas y otros tantos eran afrodescendientes. A muchos los acompañaban mujeres, con sus hijos amarrados a la espalda o caminando a su lado, casi desnudos, exhibiendo la miseria en la que vivían. Las mujeres y niños llevaban alimentos, agua y enseres domésticos. Les seguía una multitud de ciudadanos, oficiales, sacerdotes y soldados heridos y enfermos, y al final, carros y literas cargados de pertenencias o de las familias de los oficiales y pobladores que optaron por irse junto con los militares. A todos se les notaba el hambre de días.⁷⁹

Tras esta larga procesión, que se prolongó por horas, el regimiento del general William J. Worth, el flamante gobernador civil y militar nombrado por Scott, marchó hacia tu interior. Por tus calles destruidas pasaron las banderas azules, blancas y rojas, y sonaron las notas de *Hail Columbia*, *Yankee Doodle* y *The Star Spangled Banner*. Aquellos que se quedaron afuera, contemplando desde las dunas, esperaron el momento en que la bandera de las barras y las estrellas fuera izada en el baluarte de Santiago para estallar en gritos de júbilo y disparar saludos de artillería. Lo mismo sucedió cuando el pendón fue levantado sobre Ulúa, los demás baluartes y edificios públicos. Los hombres que te tomaron desfilaron bajo el balcón del Palacio de Gobierno, ya ocupado por Worth.⁸⁰

Durante ese y los siguientes días, los soldados que permanecieron en su campamento, cerca de la playa, se acercaron para conocer el sitio que bombardearon por días y que ahora les pertenecía. Observaron la magnitud de la devastación y no pocos se impresionaron al ver las casas derrumbadas y los muebles dispersos por todos lados; las calles despedazadas, algunas con cráteres causados por las bombas, y los edificios civiles y religiosos gravemente dañados. Algunos encontraron pilas de cadáveres de soldados y civiles, muertos tras el impacto de un proyectil,

⁷⁸ FURBER, 1850, p. 558; OSWANDEL, 2010, p. 50; *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 195-196; ROA BÁRCENA, 1991, p. 250.

⁷⁹ FROST, 1847, p. 312; FURBER, 1850, pp. 559-560; OSWANDEL, 2010, p. 51; GREENBERG, 2012, p. 170.

⁸⁰ FURBER, 1850, pp. 559-560; OSWANDEL, 2010, p. 51; *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 196.

y las paredes y los pisos bañados de sangre. También se percataron de que los mexicanos se habían preparado para un asalto, al ver las barricadas y los costales de arena en las calles y casas, y que la defensa pudo haberse prolongado debido a la gran cantidad de municiones que aún se contaba en los baluartes. Sin embargo, también se dieron cuenta de lo que motivó la rendición: las aproximadamente mil vidas que se perdieron —según registraron—, junto con las construcciones destruidas.⁸¹

Vieron una de tus iglesias del centro convertida en hospital, en el que eran atendidos cerca de cien hombres; descubrieron las imágenes de los santos mutiladas y supieron que en ese recinto, un proyectil mató o hirió a una veintena de civiles que ahí se refugiaron. Caminaron por la parte sur de la ciudad, la más cercana al punto en que se colocaron las fuertes baterías estadounidenses, y la encontraron desolada, con calles convertidas completamente en ruinas.⁸²

Por momentos parecías estar desierta, pero de vez en cuando alguna mujer corría a su casa para esconderse de los invasores, o alguien les gritaba, mostrándoles que sus propiedades habían quedado reducidas a escombros, recordándoles que, sobre todo, la plaza tomada era el hogar de miles de personas. Por la condición de quienes veían en las calles, concluyeron que sólo se habían quedado los más pobres, cuyas casas, además, fueron las que más sufrieron con la destrucción.⁸³

Cuando te ocuparon los extranjeros, a finales de marzo de 1847, los zopilotes que las bombas ahuyentaron volvieron a posarse sobre los campanarios, sobre las cruces de las iglesias y los techos de las casas que quedaban y ahora bajaban hasta los escombros, acercándose a los cadáveres insepultos.⁸⁴ Para las aves, el bombardeo fue una bendición y, en el oca-so de uno de los meses más difíciles y sangrientos de tu historia porteña, ellos eran los únicos que recogían los desechos.

⁸¹ FURBER, 1850, pp. 561-563; OSWANDEL, 2010, pp. 51-53; *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 196.

⁸² BALLENTINE, 1853, pp. 165-166.

⁸³ FURBER, 1850, pp. 561-563; OSWANDEL, 2010, pp. 51-53; HITCHCOCK, 1909, p. 248; ZEH, 1995, p. 22.

⁸⁴ OSWANDEL, 2010, p. 53.

DESOLADA

En la capital del país, la noticia de que habías sido entregada a los invasores despertó enfado. Tus protectores fueron acusados de ineficaces y traidores, y el presidente ordenó juzgar a Morales, a Landero y a José Durán, comandante de la guarnición de Ulúa. En un manifiesto a la nación del 31 de marzo, en el que arengaba a los mexicanos a combatir a los estadounidenses, Santa Anna terminó con una frase lapidaria para los que te defendieron: “venganza clama Veracruz; seguidme a lavar su deshonra”.⁸⁵

El 3 de abril, Morales escribió desde Xalapa para defenderse. Recordó las repetidas ocasiones en las que pidió que alguien atacara al enemigo por la retaguardia. Confesó que la guarnición se mantuvo esperanzada “en que cederían los mexicanos extraviados que se batían en esa capital; y que a la voz de la patria volarían a atacar a nuestros invasores”. Acusó que lo dejaron aislado para combatir a los que te sitiaron y bombardearon, un enemigo cuatro veces mayor, así:

Después de haber sufrido cinco días de fuego en los cuales se calculan de seis a siete mil proyectiles arrojados a la plaza, cuando más de la mitad de esa hermosa ciudad estaba convertida en ruinas y cuando perdí la esperanza de ser auxiliado, entonces vi que se había salvado el honor nacional, pues estaba probado el valor y patriotismo de la guarnición más allá de cuánto podría pedir a unos hombres que veían desaparecer a sus compañeros, víctimas impunes de la artillería enemiga, sin que pudiera salvarlos su arrojo y coraje; perderse los recursos necesarios para su subsistencia; y que no obstante tantas privaciones se conservaban impávidos en sus puestos. Estéril era la resistencia [...].⁸⁶

Morales contó lo que otros testimoniaron: que los médicos no podían permanecer en los hospitales de sangre, porque esos recintos eran alcanzados por las balas enemigas; que el párroco le avisó que no tenía sacerdotes para auxiliar a los moribundos, “pues había sido herido uno, y otro contuso, y los demás se resistían a concurrir a un lugar adonde el espíritu no podrá conservar la serenidad necesaria”; que sólo quedaba un horno para hacer pan; que el rancho muchas veces no llegó a tiempo, pues varias veces

⁸⁵ BUSTAMANTE, 1990, p. 370.

⁸⁶ AHSDN, exp. 2268, fs. 16-18.

“sucedió que un proyectil desapareciera a los rancheros, habiendo necesidad de hacer nuevamente aquel, estando todo el día la tropa bajo los fuegos enemigos y sin tener seguridad de tomar sus alimentos”; y que los cónsules lo presionaron para solicitar una tregua. Por todo ello, decidió reunir a los jefes de las líneas, quienes se inclinaron por entablar negociaciones con los enemigos, razón por la cual entregó el mando a Landero, ya que él se había resuelto no tratar ninguna capitulación.⁸⁷

Lo que Morales narró coincide con los demás testimonios. Y quienes te defendían, al estar bajo la lluvia de pólvora que les quitaba a sus familiares o sus pertenencias, y que en cualquier momento podía arrebatárselos la vida y convertirlos en cadáveres bajo montones de escombros; esos seres humanos, tanto los que estaban armados y disparaban desde los baluartes, como los que se refugiaban en las casas e iglesias, quizá pensaban que el país y el gobierno por el que luchaban no correspondían a sus sacrificios. ¿Por qué defender a quien los abandonó en el momento de mayor necesidad?

Meses después, este sentimiento de desamparo sería expresado por algunos de tus habitantes. Cuando recordaron los sucesos de inicios de marzo, cuando se enteraron de que la ayuda no llegaría y se preguntaron qué debían hacer:

Convencerse de que para los veracruzanos no existía más patria que Veracruz mismo, y que los médanos que la circundaban era[n] la meta de otra nación extraña con quien ni simpatías, ni amistad ni tratados tenían [...].

Doloroso es decirlo, pero entonces nos convencimos más íntimamente de que México no es para Veracruz, sino el vampiro que chupa su sangre, agota sus recursos y saca producto de la generosidad proverbial de su comercio, y que en los momentos del peligro le vuelve ingrato la espalda abandonándolo a su desgraciada suerte.⁸⁸

Así respondieron a las acusaciones de traición y de deshonor. Esto quizá rondó en la cabeza de muchos de tus moradores cuando fuiste sitiada y bombardeada. Marzo de 1847 te encontró abandonada a tu suerte. El gobierno del país no te socorrió mientras tu gente moría o sufría por un

⁸⁷ AHSDN, exp. 2268, fs. 16-18.

⁸⁸ *Tributo a la verdad*, 1933, p. 39.

cruento bombardeo. Parecía como si toda tu muralla fuese una costa; las dunas de arena y el chaparral que te rodeaban, una extensión del mar que te limita al este, y tú, una isla entre el Golfo y los médanos.

En abril, la mayoría de los invasores dejó tus playas para seguir su camino hacia el interior. Continuaron la guerra y en septiembre se posesionaron de la capital del país. Contigo se quedó una guarnición para ocuparte militarmente durante dieciséis meses. Soldados y habitantes quedaron bajo el mando de un gobernador civil y militar extranjero hasta el 1 de agosto de 1848.⁸⁹ Con el tratado de paz ratificado y el territorio del norte cedido, los invasores dejaron el país. Como punto de embarque, fuiste uno de los últimos sitios en los que el pabellón de las barras y las estrellas ondeó sobre los edificios públicos.

Posados sobre tus cúpulas, los zopilotes volvían de los médanos y de Vergara, donde acamparon los atacantes rezagados. Las aves se saciaban con los restos de caballos y otros animales dejados por los estadounidenses, y con algunos restos de soldados mal enterrados por esos mismos rumbos.⁹⁰

Agosto de 1848 te descubrió distinta a como eras al iniciar el año anterior. Al igual que otras zonas de México, tu geografía tenía cicatrices de guerra. Tus calles, construcciones, playas y alrededores mostraban los resultados de la captura y la ocupación estadounidense. También tus habitantes tenían dentro de sí o incluso en el exterior las heridas provocadas por el conflicto.

Hasta los médanos estaban distintos. El viento del norte, con su perpetuo soplo, los había movido, como hacía siempre, asemejándolos a ti: las transformaciones ocurrían constantemente, a veces con más intensidad que otras; las tempestades dejaban ver cosas que antes estaban bajo la superficie y también daban origen a otras nuevas. La de marzo de 1847 mostró lo lejos que a veces estabas del resto del país.

FINAL

Jaules —o quizá Jules— Richard, el soldado inglés que desertó en una incursión para robar ganado el 22 de marzo, mencionó a los militares

⁸⁹ Véase SÁNCHEZ ULLOA, 2014.

⁹⁰ POBLET MIRANDA, 1992, pp. 224-225; SÁNCHEZ ULLOA, 2014, p. 122.

mexicanos que estaban en Puente Nacional que la voz común entre los sitiadores era que te rendirías “por hambre; [y] si no por un bombardeo”.⁹¹ Tuvo razón en ambas. Tu guarnición y la del castillo carecieron de los medios suficientes para resistir y el bombardeo finalmente les hizo ceder.

Estos factores no fueron exclusivos de la invasión a tu suelo. Resultaron persistentes y decisivos en la guerra, como lo ha enfatizado una interpretación reciente sobre el conflicto,⁹² pero en la tormenta de marzo de 1847 se magnificaron. Desde antes del ataque, los generales y demás oficiales de la costa acusaron lo insuficiente y obsoleto de las armas y municiones con las que contaban las guarniciones. Y en tu caída, las baterías del ejército y de la marina enemigas fueron decisivas. Durante cuatro jornadas, tus habitantes y defensores conocieron y sufrieron la fuerza de los proyectiles. Experimentaron una destrucción que no habían imaginado porque no conocían esas armas. Eso influyó en el ánimo de todos ellos, máxime, al comprobar que su propia artillería no les hacía ningún daño comparable a los agresores.

En cuanto a los apuros económicos, las comunicaciones del gobernador Juan Soto dan cuenta de la estrechez de los recursos del estado. Logró enviar auxilios esporádicamente —en una ocasión durante el bombardeo—, pero la constante fue, según se lee, la miseria. Juan Morales y Rómulo Díaz de la Vega, en distintos momentos y lugares, expusieron estos apuros: apenas tenían para alimentar a sus soldados. Fue éste, evidentemente, otro motivo para que los bombardeados no tuvieran ánimos para seguir resistiendo.

Pero también influyó, no hay duda, la sensación de que el país había abandonado a Veracruz.⁹³ Es indiscutible que ni los moderados que se

⁹¹ AHSDN, exp. 2281, f. 20.

⁹² En *La marcha fínebre*, Peter Guardino hace hincapié en la pobreza en la que se encontraban la sociedad y el gobierno mexicanos, en comparación con Estados Unidos —que, sin ser una potencia económica, tenía lo suficiente para mantener a su ejército—. Y ligado a lo anterior, que los invasores contaban con una artillería más moderna, potente y fácil de trasladar, como se vio desde las primeras batallas, en el norte de México. GUARDINO, 2018, pp. 181, 200, 427-428.

⁹³ En este punto puede marcarse una diferencia con la interpretación de Guardino, ya que el autor rebate la idea de que a México le afectó la falta de una identidad nacional. Para nutrir su argumento, remarca la prolongada resistencia de los mexicanos y la marcha de miles de hombres y mujeres para renovar al ejército en diferentes sitios; asimismo, menciona episodios de nacionalismo popular y alude a las distintas formas que existían de entender a la nación. Menciona que “es difícil encontrar pruebas sólidas de que el compromiso mexicano con la defensa ante Estados Unidos haya sido débil”. Y aunque alude a lo inoportuno del levanta-

levantaron ni el gobierno radical pretendían ayudar a Estados Unidos; sin embargo, no quisieron auxiliar a Veracruz, que era parte del Estado nacional por cuyo futuro peleaban, y el puerto más importante del país. A lo largo de estas páginas se puede observar que el compromiso para defender a esta ciudad desde el centro fue muy débil durante las semanas más críticas, y esa falta de interés determinó la conclusión que tuvo la guerra. Si bien hubo episodios patrióticos o nacionalistas en el conflicto, hubo otros que distaron mucho de serlo. Y fueron decisivos. La captura de Veracruz le dio ímpetu a la campaña de Scott, que terminó en la capital del país y llevó a la pérdida del enfrentamiento por parte de México.

A finales de marzo de 1847, después de haber sido atacada y medio destruida por los estadounidenses, y tras no haber sido ayudada por el gobierno mexicano, en tus calles difícilmente se podía pensar en una identidad nacional.

BIBLIOGRAFÍA

ALCARAZ, Ramón *et al.*

1991 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, col. Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

ANDERSON, Robert

1911 *An Artillery Officer in the Mexican War 1846-7, Letters of Robert Anderson. Captain 3rd Artillery, U.S.A.*, G. P. Putnam's Sons, The Knickerbocker Press, New York & London.

AQUINO SÁNCHEZ, Faustino

2018 "La actuación política y militar del general Antonio López de Santa Anna durante la guerra con los Estados Unidos", tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

BALLENTINE, George

1853 *Autobiography of an English Soldier in the United States Army. Comprising Observations and Adventures in the States and Mexico*, Stringer & Townsend, New York.

miento de los "polkos", plantea que era "una lucha sobre lo que México debía ser en el futuro, pero ninguno de los dos bandos quería realmente ayudar a Estados Unidos: todos [...] creían en la importancia de su identidad como mexicanos y en la existencia de su Estado nacional". GUARDINO, 2018, pp. 412-419.

- BAUER, Karl Jack
 1956 “The Veracruz Expedition of 1847”, *Military Affairs*, vol. 20, núm. 3, pp. 162-169.
- BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, Carmen
 1997 “Veracruz: Restablecimiento del federalismo e intervención norteamericana”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, México, pp. 559-577.
- BUSTAMANTE, Carlos María de
 1990 *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, historia de la invasión de los angloamericanos en México*, col. Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Chronicles of Gringos*
 1968 *Chronicles of the Gringos. The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses and Combatants*, Winston Smith y Charles Judah (eds.), University of New Mexico Press, Albuquerque.
- EISENHOWER, John S. D.
 2006 *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, traducido del inglés por José Esteban Calderón, Fondo de Cultura Económica, México.
- El soldado mexicano*
 1958 *El soldado mexicano. Organización, vestuario, equipo. The Mexican Soldier. Organization, Dress, Equipment 1837-1847*, Ediciones Nieto-Brown-Hefter, México.
- FIGUEROA, Raúl
 1999 *Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta: España ante la guerra entre México y Estados Unidos 1845-1848*, Secretaría de Relaciones Exteriores/Instituto Tecnológico Autónomo Metropolitano, México.
- FOWLER, Will
 2018 *Santa Anna: ¿héroe o villano?*, traducido del inglés por Laura Lecuona, Crítica, México.
- FROST, John
 1847 *Life of Major General Zachary Taylor; with Notices of the War in New Mexico, California and in Southern Mexico*, D. Appleton & Co. & G. S. Appleton, New York & Philadelphia.
- FURBER, George C.
 1850 *The Twelve Months Volunteer, or, Journal of a Private, in the Tennessee Regiment of Cavalry, in the Campaign, in Mexico, 1846-7*, J. A. & U. P. James, Cincinnati.

- GREENBERG, Amy S.
2012 *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, Alfred A. Knopf, New York.
- GUARDINO, Peter
2018 *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, traducido del inglés por Mario Zamudio Vega, Grano de Sal/ Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- HITCHCOCK, Ethan Allen
1909 *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major-General Ethan Allen Hitchcock, U.S.A.*, W. A. Croffut (ed.), G. P. Putnam's Sons, New York.
- JENKINS, John S.
1848 *History of the War between the United States and Mexico, from the Commencement of Hostilities to the Ratification of the Treaty of Peace*, Derby, Miller & Co., Auburn.
- JOHANNSSEN, Robert W.
1985 *To the Halls of the Montezumas. The Mexican War in the American Imagination*, Oxford University Press, New York.
- KENDALL, George Wilkins
1999 *Dispatches from the Mexican War*, Lawrence Delbert Cress (ed.), University of Oklahoma Press, Norman.
- LERDO DE TEJADA, Miguel
1940 *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, vol. II, Secretaría de Educación Pública, México.
- MOORE, Judge H.
1849 *Scott's Campaign in Mexico; From the Rendezvous on the Island of Lobos to the Taking of the City, Including an Account of the Siege of Puebla, With Sketches of the Country, and Manners and Customs of the Inhabitants*, J. B. Nixon, Charleston.
- MOSELEY, Edward H.
1998 "Vera Cruz Campaign", en Donald S. Frazier (ed.), *The United States and Mexico at War. Nineteenth Century Expansionism and Conflict*, MacMillan, New York, pp. 457-461.
- OSWANDEL, J. Jacob
2010 *Notes on the Mexican War, 1846-1848*, Timothy D. Johnson y Nathaniel Cheairs Hughes Jr. (eds.), The University of Tennessee Press, Knoxville.
- PARKER, William Harwar
1883 *Recollections of a Naval Officer 1841-1865*, Charles Scribners' Sons, New York.

- PLETCHER, David Mitchell
 1975 *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon and the Mexican War*, University of Missouri Press, Missouri.
- POBLETT MIRANDA, Martha *et al.*
 1992 *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, vol. V (1836-1854), Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.
- ROA BÁRCENA, José María
 1991 *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, vol. I, col. Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- ROBERTSON, John Blout
 1849 *Reminiscences of a Campaign in Mexico, by a Member of the "Bloody First". Preceded by a Short Sketch of the History and Condition of Mexico from her Revolution down to the War with the United States*, John York & Co., Nashville.
- SÁNCHEZ ULLOA, Cristóbal Alfonso
 2014 "Del Golfo a los médanos. Veracruz y sus ocupantes estadounidenses en 1847-1848", tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- SANTONI, Pedro
 1996 *Mexicans at Arms. Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Texas Christian University Press, Fort Worth.
 2008 "The Civilian Experience in Mexico during the War with the United States, 1846-1848", en Pedro Santoni, *Daily Lives of Civilians in Wartime Latin America: from the Wars of Independence to the Central American Civil Wars*, Greenwood, Westport, Connecticut, pp. 55-89.
- SMITH, E. Kirby
 1917 *To Mexico with Scott; Letters of Captain E. Kirby Smith to his Wife*, Harvard University Press, Cambridge.
- SMITH, Gustavus Woodson
 2001 *Company "A" Corps of Engineers, U.S.A., 1846-1848, in the Mexican War*, Leonne M. Hudson (ed.), The Kent State University Press, Kent, Ohio.
- SMITH, Justin H
 1919 *The War with Mexico*, vol. II, The Macmillan Company, New York.
- TRENS, Manuel B.
 1949 *Historia de Veracruz*, vol. IV, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, Xalapa.

Tributo a la verdad

1933 *Tributo a la verdad sobre los sucesos y el estado político de la república desde 16 de agosto de 1846 hasta 30 de junio de 1847*, Acción Moderna Mercantil, México.

WINDERS, Richard Bruce

1997 *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas A&M University Press, College Station.

ZAMACOIS, Niceto de

1880 *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, vol. XII, J. F. Parres y Comp., Barcelona.

ZEH, Frederick

1995 *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, Robert Ryal Miller (ed.), traducido del alemán por William J. Orr, Texas A&M University Press, College Station.